

## La columna del Director

Dominado por una larvada y creciente ambición, Napoleón III lanzose a la aventura. Urgía recobrar el Imperio interrumpido en Waterloo, hacia 1815; y la situación mundial aparentemente favorecía sus intenciones. Sería tomado como pretexto el gobierno de Benito Juárez, pues además de sus necesarios acuerdos de suspensión del pago de la deuda externa, que facilitarían al erario los recursos aduanales que echábanse a la bolsa los acreedores, la traición y los engaños estimulaban la vanidad cortesana hacia la invasión extranjera de México. Ofrecieron agua y pan al hambriento sucesor del gran Corso. En la intriga cayeron España y Londres, atenaceados por sus propios usureros, y con base en el Tratado de Londres, desatose la injusta agresión que su ímpetu estrelló en el apocalíptico fracaso de 1867.

Fue ejemplar la lección. El pueblo levantado en defensa de su libertad en torno a los caudillos de la insurgencia, la Reforma y la Revolución, y que a la patria protege de sus acechanzas, ambiciones y cobardías, es el que derrotó a las huestes napoleónicas en los cerros de Loreto y Guadalupe, en 5 de mayo de 1862; el que sigue en pie desde el Grito de Dolores, el que forja la nación sana, independiente y justa; el pueblo que ama la democracia y la paz, que desea cambiar en amor la riña, en fraternidad la enemistad; es el que enarbola en sus luchas históricas los grandes valores de la humanidad por sobre el odio y la rapiña; es el que lleva a los demás la palabra del espíritu. ♦

Horacio Labastida